

UNA HISTORIA, UNA MUJER Y EL SILENCIO

Cuando Elisa propuso la historia como tema a trabajar, me pareció una buena oportunidad para continuar lo que estaba trabajando en el anterior Cartel, en el que finalicé con la sensación de no poderme contestar a muchas preguntas. Por casualidad, me topé con la presentación de un libro escrito por una mujer, Itxaso Martin Zapirain (ganadora de premio Micaela Portilla). Se trata de su historia, donde el protagonista es el silencio y me fascinó la sensación de poder profundizar desde este enfoque. La orientación es feminista, pero continuamente pone de manifiesto la insuficiencia del lenguaje como posible respuesta. El libro, que es el resultado de su tesis doctoral, se titula “Eromena, azpimemoria eta isiltasunak idazten” que lo he traducido como “Escribiendo la locura, la intramemoria y los silencios”.

La primera parte de esta tesis se centra en la relación entre la locura y el silencio y la segunda en los silencios de la época del franquismo, las historias de las mujeres que internaron en los manicomios.

La observación participativa la hizo en un psiquiátrico de Gipuzkoa. Pasó meses ahí, hasta que creó un taller de literatura, con varias personas ingresadas y ella misma. Este taller surgió cuando estaba trabajando para buscar una salida a las dificultades de escribir sobre el silencio.

Coloca el punto de partida de su investigación en la primera pregunta que le hizo un psicólogo al que acudió a raíz de sufrir una gran crisis. “¿Tienes antecedentes familiares?” pregunta que resonaba en ella una y otra vez. Este fue el momento de “encuentro” con Vera, su bisabuela.

Describe momentos de impotencia ante la falta de respuesta por parte de las personas más cercanas:

“¿Qué tenía mi bisabuela? Le pregunté a mi padre. Me dijo que él siempre la conoció en el psiquiátrico. ¿Cómo la veías, te parecía que estaba loca? No sabía contestarme, mi pregunta lo asustó. ¿Pero no preguntaste nunca qué le pasaba? Contestó que no. No me lo podía creer, mi padre no era así. Mi familia estaba estructurada alrededor de un gran silencio. Era un silencio creado para ocultar una mujer.”

Para esconder lo que pasó con Vera, su marido hizo uso del silencio. Sus hijos eran muy pequeños cuando la madre desapareció y el padre los mandó a Bélgica como niños de guerra. A la vuelta, no preguntaron nada sobre la madre. La decisión del marido de meter a Vera en el psiquiátrico y su actitud posterior, tuvo mucho que ver en la decisión que tomaron los demás de respetar este silencio.

Ante la sensación de vacío que le produce a la autora lo que recibe por parte de su entorno familiar, plantea la necesidad de su propia responsabilidad, siendo ella la que abra el camino. Su relato comienza con las siguientes preguntas:

“¿Cómo es posible que tenga tanta fuerza algo que no se dice?”

¿Cómo es posible que algo que se ha mantenido escondido, se convierta en un continuo miedo?

¿Cómo es posible que eso que ni sabes que ha existido condicione tus movimientos?”

Y continúa de esta forma:

“Estas son las primeras preguntas que sentíen el “encuentro” con Vera. Estuvo en el psiquiátrico durante cincuenta y un años y los familiares construimos un muro alrededor de su ser.

A través del silencio, se mantiene el volcán “tranquilo”, sin que explote, pero esto condiciona los movimientos de cada cual. Es difícil actuar de manera que emerja eso que se mantiene en silencio. El haber considerado loco un familiar, puede influir en las siguientes generaciones, viviendo con miedo a la locura.

En aquella crisis que me llevó a descubrir a Vera, mi mayor miedo era volverme loca, el verme encerrada en un psiquiátrico. Lo que no me esperaba era que al empezar mi investigación en el psiquiátrico, volviera a encontrarme con el silencio. Partía de un silencio y me topé con otro. Los dos tenían algo en común: la locura.

...La locura... ¿me volveré loca...estoy loca...?

Eso que durante años apareció como mi miedo, no lo podía alcanzar a través de la razón. Sentía que estaba ubicado en otro lugar. No podía definir el monstruo que sentía en mí, no por lo menos tal y como lo había aprendido. No me parecía que las palabras que podía utilizar, las que sabía, se acercaran a eso que me estaba pasando. No tenían suficiente fuerza como para reflejar lo que sentía. Podía tocar el silencio que se apoderó durante años pero no podía hablar sobre él.

Puede parecer contradictorio, pero escribir lo que sentía me ayudaba. De esta manera, podía evitar los jueces de afuera, aunque el más exigente de todos fuera mi propio juez. En el momento de escribir no utilizaba frases largas y trabajadas sin repeticiones, palabras inventadas, palabras cortadas, sin final y hojas llenas de vacíos. Y por encima de todo... contradicciones.”

La sensación de contradicción se repite a lo largo de todo su trabajo. Sugiere que la presencia de la contradicción, indica la inconsistencia, permitiendo predecir que el sistema no quedará tal y como está. Y es en este punto donde introduce lo que ella nombra como intramemoria, como la memoria que no quiere ser parte de la memoria oficial. Conectando desde aquí nuevamente con el silencio, lo expone como forma de huir de esas palabras que proponen aquellos que tienen el control del logos. El silencio como acto.

Pero, se interroga:

“¿De qué se alimenta el silencio? ¿Cómo escribir sobre el silencio, si la palabra rompe con él?”

Porque hay muchos silencios, unos sin palabras, otros obligados, otros elegidos... y expresa no poder negar que el origen de todo está en el dolor que le ha producido el silencio. Y no puede negar tampoco que el romper con ese silencio o por lo menos representarlo le ha hecho sentir mejor.

Comenta que para poder relatar, lo interesante es abrir otras vías, no solo la palabra. Si no, se pone toda la carga cultural y social en eso que se quiere contar. A veces tiene la sensación de que es el propio lenguaje el que te aleja de eso mismo que quieres decir, respetando el orden establecido. Pero jugando con las palabras, se pueden experimentar y

explorar otros caminos dando la opción de subvertir el discurso. Tomar la palabra ya es transgresión.

Al final, concluye con esta reflexión:

“Mi recorrido empezó de un silencio en concreto. Dando vueltas y vueltas alrededor de él, poco a poco la perspectiva se amplía y cambia. Sin olvidar el punto de partida, me siento diferente ahora. Después de esta investigación sigo sin tener palabras para explicar ciertas cosas. Las palabras no sirven, no son suficientes, no siempre son necesarias. Estamos hechos de un vacío que no está vacío. De esta manera, el silencio y el vacío pueden ser creativos y los relatos que abren camino a la creatividad serán únicos.” Es en este punto donde finaliza su búsqueda.

A medida que he avanzado en la lectura de este trabajo, he tenido la sensación de tocar algo auténtico, algo muy propio. El análisis de esta mujer comienza con una pregunta que le viene del otro y se queda fijada en ella sin poder salir de ahí. Las respuestas que va encontrando giran alrededor de este enigma, que no consigue resolver del todo, pero apunta a la ganancia de los efectos que esta búsqueda ha producido en ella.

Alrededor de toda una investigación familiar, va construyendo y ordenando su historia. Lo interesante es que se orienta a través del silencio, tanto en los hechos familiares, como en los interrogantes que aparecen a partir de estos hechos.

La locura, la transmite como lo que ha marcado su historia. Y al igual que el silencio, lo define como eso que queda fuera, sintiendo que habita en ella pero a lo que la representación no tiene acceso.

Señala el impacto de lo “no dicho”, en lo que pasa de una generación a otra y que de alguna manera sigue actuando. En el intento de mantener el volcán tranquilo, al final es su cuerpo el que erupciona. Y a través de lo que ella llama “una gran crisis” empieza a producir desde lo que es silencio. La posición que va tomando es muy precisa, considerando lo increíble no como ruido, sino como posibilidad de detectar lo que el discurso esconde y lo que el silencio revela.

En “El silencio en psicoanálisis”, Juan David Nasio aclara que hay más ser en el silencio que en la emisión de un dicho, definiendo el silencio como el efecto de una palabra en espera. “Estamos tomados en el “más allá” de un lenguaje que, sin embargo, está sin cesar diciéndose.”

El poder escribir jugando con las palabras, provoca en ella una pacificación. Lo describe como el método que le ha servido para salir de momentos de angustia muy profundos. Muestra la escritura como fórmula que provoca que los jueces se apaguen.

Esta angustia que padece, la conecta con el miedo de no poder poner en palabras eso que siente explotar en ella. Rescata el valor del silencio pero también el de la palabra, buscando el punto donde la vibración silenciosa permita el surgimiento de una palabra viva. Subraya la oportunidad de lo nuevo, el grado de libertad que le llega a proporcionar lo que en un principio la condenaba a la soledad.